



Jose Enrique Garcia

Aprender a vivir

UN CUENTO DE NAVIDAD

FUNDACIÓN **equipo humano** **equipo humano**

Soluciones innovadoras en gestión de personas

APRENDER A VIVIR

Ya caen los primeros copos de nieve del año. Y casi no existe en mi memoria unas Navidades sin nieve. Sin frío. Sin ir con bufanda. O gorro. Con las gafas empañadas de estar a la intemperie, casi a cero grados, durante los pocos días de vacaciones que suelo tener al año. Y no podía dejar de aprovechar el poco tiempo que tengo para disfrutar de mí mismo y de los míos, como todos los años, en mi pueblo.

Apenas recuerdo el motivo que me ha llevado a la plaza de la iglesia. Pero estar allí plantado me recuerda a un pasado remoto. Cuando apenas era un niño y cuando también me fascinaba ver nevar durante el efímero paso de las Navidades pasadas. Era la única vez al año que veía nevar.

Junto a la gigantesca puerta de madera de la iglesia pienso en las muchas otras Navidades que habrá presenciado ese mismo trozo de madera de roble. Una puerta en el tiempo sin más recuerdos que su mera presencia. Cuando éramos niños, aquella misma puerta nos sirvió de portería para jugar al fútbol. Se nos hacía de noche y apenas había luz de una farola por entonces y era difícil incluso saber dónde estaba la pelota. Con los años, la iluminación de la plaza era quizá excesiva. La Plaza Mayor. El epicentro de la vida de un pueblo que presume de su carácter tranquilo. De poder respirar la naturaleza por todos los costados. Olía a pino. Olía a helecho. Olía a tierra húmeda. Con su banda sonora propia. Sus sonidos del bosque y las montañas. Graznidos. Gruñidos. El piar de los pájaros cuyos nombres apenas lograba descifrar, pues cuando vives en la ciudad todo el año se olvida nuestro apego natural a la madre tierra. Desde aquella plaza podías sentir palpitar la propia naturaleza. Los pocos habitantes del pueblo acudían cada tarde a la plaza para sentarse en los bancos de piedra, en un parque circular que inauguró el ayuntamiento no hacía demasiado tiempo. Con máquinas para que la gente mayor hiciese ejercicio y con algunos juegos para niños como toboganes y columpios.

Todo resultaba igual que siempre. Con sus luces de Navidad, el eco de los villancicos que salía de algún comercio, de tiendas, de coches que pasaban por alguna calle cercana, desde las ventanas donde se exhalaba un olor de manjares que se cocinaban a fuego lento, con salsas, rellenos, con marisco descongelándose en cocinas y el olor del chocolate que rebosa en las estanterías.

Ya es Navidad y todo aparenta ser como siempre. Pero no lo es.

Las mascarillas nos impiden ver nuestras sonrisas. Nuestra felicidad

APRENDER A VIVIR

y la de todos los niños que esperan la llegada de los Reyes Magos. De Papá Noel. Hay brillo en los ojos de los niños, pero parece que en los más mayores se ha borrado una ilusión que parecía infinitamente repetitiva. De pronto, un mundo que en mis recuerdos era feliz se ha tornado grisáceo, triste, con pocas ganas de compartir una felicidad inexistente, pendiente del móvil con estrés, nervios. Unas Navidades con miedo. Una sensación que jamás hemos experimentado. Y ahí estaba: en la misma plaza donde todos los años sólo existía la alegría por unas Navidades en familia, repletas de regalos, de magia e ilusión.

Las distancias de seguridad. Las persianas de muchos comercios bajadas, oxidadas y que, quizá, nunca más volverán a abrirse. Locales vacíos o con escasos clientes. Terrazas con algunos vecinos que se bajan sus mascarillas para beber un trago de lo que fuese que les recordase a la tradición diaria de ir al bar. Sin abrazos ni besos. Un mundo a distancia, sin apenas entenderse palabra, sin apenas conocer a nadie con sus rostros medio ocultos.

Son las Navidades más extrañas de nuestras vidas. Hay un contagio de tristeza. De nostalgia. Por las Navidades pasadas. Y por Navidades futuras para vivir sin miedo. Buscamos regalar esperanza, pero no sabemos cómo ni cuándo.

De repente, a mis pies, una pelota con un rostro sonriente, como un emoticono del WhatsApp. La pelota que anticipaba su llegada. Todos los llamaban Liber. Pero pensaba que era sólo un mito. Y allí estaba, ante mí, justo a los pies de los escalones que subían hasta la enorme puerta de madera de roble de la entrada a la iglesia del pueblo.

- Pareces triste -me describió Liber señalándome con su índice. No me sorprendió su presencia, quería conocerle, y en mi imaginación, siempre resultaba más alto. Pero Liber apenas media metro cincuenta. No lograba descifrar si era hombre o mujer. Era una persona hermosa y que desprendía una luz que contrastaba con el gris que reinaba en el ambiente.

- Sí, todos estamos tristes, por el 'bichito' -le contesté a aquel personaje del que tampoco lograba descifrar su edad.

- Yo no estoy triste -me sonrió Liber y se sacó de un bolsillo una manzana verde, reluciente y me ofreció un pedazo que rechacé de inmediato.

- ¿Por qué has venido a visitarme? -le pregunté bajando los escalones, y acercándome hasta él. Me fijé que era el único que no llevaba mascarilla.

- Quiero ayudarte. Y me gustaría ayudar a todo el mundo. Pero ya

APRENDER A VIVIR

sabes: sólo puedo ayudar a una persona por día -Liber entonó cada palabra como una nota musical, parecía un fragmento de una bonita canción. Yo me quedé fascinado y miré a mi alrededor, pero nadie más parecía siquiera haber advertido nuestra mera presencia.

- De pequeño contaban muchas historias sobre ti.

- ¿Ah, sí? ¿y qué contaban exactamente? -Liber parece ruborizarse y lanza el corazón de la manzana al contenedor de residuos orgánicos.

- Cuando éramos niños queríamos que nos visitases para hacernos reír, se dice que contigo se espantan las penas. Eso decían.

- Y, ¿te lo creías?

- Claro, éramos niños.

Liber agita sus manos y la plaza adquiere una imagen antigua. Retro, con tonos vintage, sin cemento, sin coches, sin móviles ni mascarillas. La plaza como era hace mucho mucho tiempo, quizá antes incluso de mi propio nacimiento.

- Ahora ya eres adulto, y aún así, aquí estoy, quería visitarte -Liber me señaló una escena donde unos niños hacían un corro para tocar y cantar villancicos con instrumentos caseros y con ropas sucias, antiguas.

- Pero yo no necesito más ayuda que mucha otra gente, Liber. No es justo que me ayudes a mí antes que a otros que lo necesitan más.

- Yo creo que te equivocas. Todo el mundo necesita esperanza, ¿verdad? -Liber dio un chasquido de dedos y volvimos a unas Navidades cercanas, tal vez el año anterior al virus. En el ambiente había ilusión. Los villancicos sonaban más fuertes desde las radios de las casas y de los coches que pasaban cerca. La gente iba cargada de bolsas y paquetes decoradas con motivos navideños. Se sonríe. Los niños juegan en los parques, por las calles, los adolescentes miran sus móviles y los ancianos observan a la gente que señalan con la punta de sus bastones.

- Sí, eso es cierto.

Liber dio un chasquido de dedos y volvimos al presente. Nos inundó una capa grisácea de tristeza, incluso parecía que las luces de los árboles de Navidad estaban difuminadas por una capa de blanco y negro, eliminando el color de nuestras vidas. Hasta el traje de Papá Noel era incoloro. Y también los Reyes Magos vestían de gris, negro, marrón. En un mundo sin color, sin sentimientos de alegría ni felicidad, en un mundo donde sólo los niños se resistían a aceptar toda aquella nostalgia y miedo inyectada en todos y cada uno de los adultos.

- Mi consejo es que hay que aprender a vivir. Se debe enseñar a disfrutar de las muchas satisfacciones que tenemos en esta vida, y en este paraíso que os empeñáis en querer destruir -Liber señaló la pobreza que se escondía por las calles, por las casas que caían a trozos y donde no podían poner ni siquiera la calefacción. Liber me mostraba

APRENDER A VIVIR

imágenes de una televisión donde la gente huía de militares armados, de montañas de basura flotando en el mar y de la contaminación de coches y fábricas.

- ¿Cómo se puede ser feliz con la situación que estamos viviendo? -le pregunté a Liber que estaba sentado en un banco, mirando hacia un cielo estrellado.

- La felicidad es el juego de la vida -dijo Liber señalando una estrella que brillaba con fuerza, parecía que desde tan lejos estuviese participando en nuestra conversación, con sus destellos constantes que parecían abrazarnos en aquella plaza gélida.

- Para mí la vida no es ningún juego -sentencié mientras me sentaba a su lado y miraba un cielo estrellado, pero que no me seducía en absoluto.

Los vecinos iban con sus mascarillas, cabizbajos, con el móvil en sus manos, esperando que vibrase por algún WhatsApp o por una llamada. Una ambulancia se escuchaba de fondo y un coche de policía pasaba despacio, bordeando una rotonda que hay en la plaza.

- ¿Sabes cómo se aprende a vivir, Mario?

- ¿Cómo...cómo sabes mi nombre?

- Tú y yo ya nos conocemos. Hace mucho tiempo, jugamos en esta misma plaza, con esa misma pelota -dijo Liber señalando la pelota que anunció su llegada, y que todavía estaba a los pies de la escalera que subía hasta la iglesia.

- ¿Ah, sí?

- Sí, nadie quería jugar conmigo, y tú fuiste el único -Liber me miró a los ojos. - Y, ¿por qué nadie quería jugar contigo, Liber?

- Decían que nunca sonreía y que siempre estaba triste.

- Sí, ahora que lo dices, creo que te recuerdo, apenas tendríamos ocho o diez años.

- Sí. Tú me hiciste sonreír y, desde entonces, ayudo a que los niños también puedan sonreír, si están tristes. Y como hoy te he visto así de triste, he querido venir para ayudarte y devolverte el favor que hace tantos años me hizo recuperar mi propia sonrisa.

Liber me sonrió con sinceridad y ante mi propia sorpresa se desvaneció allí mismo, como si nunca hubiese estado allí. No pude sino desprender una lágrima que cayó sobre la nieve, me bajé la mascarilla para poder respirar el ambiente del pueblo, el aroma de las Navidades pasadas, y aquella fantástica aparición de Liber que me hizo, de nuevo, sonreír.

- Hoy he aprendido a vivir -susurré a la fría noche de unas Navidades que no olvidaré jamás.



Jose Enrique Garcia

Aprender a vivir

UN CUENTO DE NAVIDAD

FUNDACIÓN **equipo humano** **equipo humano**

Soluciones innovadoras en gestión de personas